

Dashiell Hammett

# Cosecha roja

Prólogo de Luis Cernuda



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Red Harvest*  
Traducción de Fernando Calleja

Esta obra fue publicada por primera vez en Estados Unidos en forma de libro por Alfred A. Knopf, Inc.

Primera edición: 1967  
Tercera edición: 2011  
Quinta reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

- © Alfred A. Knopf, Inc., 1927, 1929; renovado en 1959 por Dashiell Hammett
- © Prólogo: Editorial Seix Barral, Barcelona
- © Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1967, 2023  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-5356-3  
Depósito legal: B. 8.969-2011  
Composición: Grupo Anaya  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 11 Prólogo de Luis Cernuda
- 21 1. Una mujer de verde y un hombre de gris
- 33 2. El zar de Poisonville
- 45 3. Dinah Brand
- 57 4. Hurricane Street
- 69 5. Elihu, el «Viejo», habla con sensatez
- 80 6. El garito del «Susurro»
- 90 7. Por eso le ató las manos
- 101 8. Informe confidencial acerca de Kid Cooper
- 107 9. Un cuchillo negro
- 119 10. Se necesita un crimen, macho o hembra
- 128 11. La cuchara oportuna
- 138 12. Un asunto nuevo
- 149 13. \$ 200,10
- 158 14. Max
- 167 15. El albergue de Cedar Hill
- 178 16. Jerry hace mutis
- 185 17. Reno
- 199 18. Painter Street
- 205 19. La conferencia de paz
- 213 20. Láudano

224	21.	El decimoséptimo asesinato
233	22.	El picahielo
247	23.	Mr. Charles Proctor Dawn
257	24.	Buscado por la Policía
266	25.	El barrio del whisky
273	26.	Chantaje
282	27.	Almacenes

*A Joseph Thompson Shaw*



# Prólogo

El novelista Dashiell Hammett acaba de morir en Nueva York. Después de haber gustado a tantos lectores, me parece, aunque carezco de noticia bastante como para permitirme afirmarlo, ha debido morir en medio de ese olvido que, tras unos años de éxito ruidoso, desciende de pronto y sin razón visible sobre tantas figuras aparentemente queridas y admiradas por el público norteamericano. Porque, admitámoslo prontamente, se trata de un escritor de gran público, no uno de aquellos que entre nosotros acostumbraba a llamárseles, con expresión bien cursi, y precisamente por los mismos años cuando Hammett gozaba de más éxito, un escritor para «minorías selectas». El propio Dashiell Hammett no dejaría de reírse si pudiera oír eso de ser o de no ser un escritor para «minorías selectas», porque en él se reconoció, al mismo tiempo que a un *best-seller*, a un escritor para escritores, a un técnico agudo en el arte de la novela y a un estilista.

Nacido en St. Mary's County, Maryland, en 1894, tuvo adolescencia y juventud bien agitadas y variadas, lo mismo que no pocos otros escritores compatriotas suyos, comenzando a trabajar a los catorce años como recadista de una compañía ferroviaria, para pasar luego por diversos oficios hasta emplearse como detective privado, tarea que interrumpe la Primera Guerra Mundial. Dañada su salud en ésta, recluido en hospitales varios, vuelve después al menester detectivesco, en medio del cual comienza a escribir. El éxito llega para él tras un período largo de trabajo duro y de incertidumbre.

Entonces, ¿es Dashiell Hammett un escritor de valor pasajero o un escritor de los que sobreviven a su tiempo? Lo de sobrevivir a su tiempo es cuestión espinosa y no corresponde a nosotros decidirla. En sus momentos mejores nos parece superior a otros escritores que pasan por estar destinados a sobrevivir a su tiempo, como por ejemplo Hemingway y hasta Faulkner, tan aburridos ambos en mi experiencia de lector, aun admitiendo la diferencia de valor que, a favor del segundo, hay entre él y Hemingway. Es interesante la indicación de que el parecer de André Gide, nada fácil en sus preferencias, era favorable a Dashiell Hammett, y en su *Journal* de 1942-1949 hace varias referencias al mismo, que vamos a citar.

El 12 de junio de 1942, dice: «He podido leer..., con asombro considerable bien cercano a la admiración, *Cosecha roja*, de Dashiell Hammett (a falta de la *Llave de cristal*, libro tan recomendado por Malraux, pero que no puedo encontrar por ningún lado)». El 16 de marzo del año siguiente, insiste:



Leído con vivísimo interés (y ¿por qué no atreverme a decir que con admiración?) *El halcón maltés*, de Dashiell Hammett, del cual hasta el verano pasado no había leído, y en traducción francesa, sino la asombrosa *Cosecha roja*, muy superior al *Halcón*, al *Hombre delgado* y a una cuarta novela, evidentemente escrita por encargo, de cuyo título no me acuerdo. En lengua inglesa o, por lo menos, norteamericana, mucha de la sutileza en los diálogos me pasa desapercibida; pero en *Cosecha roja* esos diálogos, conducidos con mano maestra, son cosa para enfrentarla con Hemingway y hasta con Faulkner; todo el relato mismo de una habilidad y cinismo implacables... En ese género particular es lo más notable que he leído, según creo. Curioso por leer la inencontrable *Llave de cristal*\*, que tanto me recomendaba Malraux.

El 22 de marzo del mismo año indicado, alude otra vez a Hammett: «Avanzo con dificultad en *Chance; Azar*\*\*», el libro menos bueno de Conrad que yo conozca (y conozco gran número de ellos). Esa lentitud minuciosa parece aún más cansada tras el paso vivo de Dashiell Hammett».

Gide casi admira, sin atreverse a reconocerlo, la novela *Cosecha roja*, bien que admita que, entre una novela como ésa y otra de un novelista «artista», como la indicada de Conrad, ésta semeja lenta, pesada diríamos, para hablar francamente. En efecto, una novela como *Cosecha roja* deja atrás, caduca a una cantidad de novelas que parecen o, mejor, parecían tener valor superior, pero que encontra-

\* Todas las novelas de Hammett citadas en este prólogo, con la excepción de *Dinero sangriento*, están disponibles en esta colección. (N. del E.)

\*\* Disponible en El libro de bolsillo. (N. del E.)

mos aburridas, y una cualidad esencial en el novelista es la de entretener al lector.

*La llave de cristal* y *Cosecha roja* sí nos entretienen y reconocemos que lo consiguen pulcra y seriamente, sin concesiones mercenarias al gusto vulgar: a la facilidad, a la superficialidad, al efectismo. Mas una vez leídas, y admitida la honestidad y el talento de su autor, acaso aún nos parezca que su lectura no ha alcanzado a despertar nuestra simpatía honda ni nuestra admiración indudable. Leemos para divertirnos o para aprender, quiero decir para nuestro aprendizaje intelectual, y poco podríamos aprender de una lectura cuando ésta, además de entretenernos, no consiga asociarnos íntimamente con ella, no despierte en nosotros la emoción de compartir una experiencia excepcional, tanto intelectual como humanamente.

Para conseguir eso, la visión de la realidad debe ir entrecruzada de afecto y de ironía, lo cual, desde Cervantes acá, ha sido meta del arte novelesco. Un novelista actual como Lawrence Durrell, por ejemplo, la alcanza en ocasiones; para comprobarlo léase ese episodio, en *Bitter Lemons* [*Limonos amargos*], sobre la compra de una casa en Chipre. Mas no basta, sin embargo, para proporcionarnos la entera emoción de hallarnos ante una honda verdad artística. En la vida ordinaria no vemos sino lo visible de ella y de los seres humanos; para verlos enteramente, para calar hasta esa zona invisible que ni ellos alcanzan a penetrar en sí mismos, donde la trivialidad e insignificancia aparentes pueden realzarse con un viso mágico, alternativamente poético, dramático o trágico, es necesario que el novelista, aliado con el poeta, nos dé vislumbre de esa otra dimensión humana que, desde Shakespeare acá, nos fuera reve-

lada para siempre. (Y perdónese me que saque a colación tan grandes nombres como los de Cervantes y Shakespeare.) No es necesario, ni fácilmente posible, que el novelista alcance adonde Cervantes y Shakespeare alcanzaron (aunque Dostoyewski y Galdós sí alcanzaran), ya basta con un acercamiento mayor o menor a esta meta ideal.

Nuestro escrúpulo excesivo nos está llevando a esperar de Dashiell Hammett cosas que él, probablemente, no pretendía ni buscaba; ya es bastante lo que nos da: realidad, consistencia, interés. Además, el ambiente intelectual de su país cuando él escribe sus libros no había llegado aún a la «sofisticación» literaria alcanzada en años posteriores, si no en general, al menos por un sector lo bastante fuerte como para imponer al resto sus opiniones como las adecuadas. Recuérdese que Joyce ha conseguido en Estados Unidos un reconocimiento y respeto más extensos que en otro país cualquiera; recuérdese el éxito reciente de un escritor tan exquisitamente real y poético como Truman Capote.

Dashiell Hammett escribe en la época cuando la Ley Seca y las bandas de *gangsters* daban a la vida norteamericana un carácter especial, y las obras de aquél, realistas que son, adquieren ese tono *hard-boiled* que sirvió luego para denominar genéricamente a tal clase de novelas. No sería justo exigirle, pues, que supo ver y expresar aquel ambiente con acuidad singular, dotándolo, por la reticencia y la aguda notación psicológica con que lo expone, de un valor novelesco indudable, que buscara también algo acaso extraño al mismo: la dimensión poética. Ésta, de haber intentado darla, acaso le resultara falsa, tanto en lo puramente delicado como en lo dramático.

Queda otra cuestión por aludir, concerniente al género novelesco que cultiva Dashiell Hammett: que ese género puede parecer a muchos secundario, por no decir mercenario. Gide tal vez lo insinúe, al hablar de «ese género tan particular», refiriéndose a la novela de *detection*. Dicho género novelesco, que Poe inaugura brillantemente con sus dos historias *The Murders in the Rue Morgue* y *The Mystery of Marie Roget*, con su juego ingenioso de observación y deducción, tiene luego un largo y vario proceso en manos de unos y otros. Pues bien, a Hammett, aunque en no pocos de sus relatos y novelas el protagonista o agente es un detective (él crearía, con Samuel Spade, su personaje detectivesco), no me parece que se le pueda considerar estrictamente, al menos en sus libros mejores, como conforme al patrón del género. No hacemos la salvedad para excusarle de haber cultivado un género secundario o mercenario, sino porque, en efecto, no nos parece que *La llave de cristal* y *Cosecha roja* contengan propiamente misterio a descubrir ni trama siniestra a revelar.

El detective que actúa en *Cosecha roja* (1929), para romper el círculo de la sórdida y terrible historia que allí se desarrolla, es, por lo pronto, polo opuesto de aquellas figuras románticas de tantas historias detectivescas, y carece del halo con que ya Poe provee a su Auguste Dupin y Conan Doyle subraya y teatraliza aún más en su Sherlock Holmes. El detective que Hammett pone ahí en escena es de edad mediana, bajo y gordo, pero es igualmente eficaz que Dupin o Holmes en la tarea y, aunque su técnica sea bien distinta, realiza la hazaña de romper primero y exterminar después, gracias al procedimiento de enfrentar a unos *gangsters* con otros, la red con que aquéllos estran-

gulaban a Personville, donde fue llamado para asunto de su profesión y donde su olfato natural e incentivo profesional le obstinan en la tarea. Un juego de palabras al comienzo del libro, entre el nombre de ciudad, Personville, y como lo pronuncian algunos, Poisonville, nos encamina hacia la sátira y crítica del estado social del país en el momento que escribe, implícitas en la obra de Hammett<sup>1</sup>.

A este tipo de novela, donde apenas parecen concurrir las circunstancias del género detectivesco, algunos lo han llamado *thriller*, aunque tampoco en este caso la denominación nos parezca adecuada. Lo característico es la astucia extraordinaria con que la acción y el relato de la misma están conducidos. Ya dijimos que Hammett no hacía concesiones ningunas a la facilidad, superficialidad ni efectismo. En cuanto a crear personajes, muchos de los suyos son inolvidables, como esta Dinah Brand de *Cosecha roja*. La perfección del diálogo y el paso ágil y alerta de la acción son absorbentes, como siempre en los libros mejores del autor.

En *La llave de cristal* (1931), que Malraux con tanta razón recomendaba a Gide, el protagonista, Ned Beaumont, no es un detective, sino guardaespaldas y factótum del *gangster* Paul Madvig. La acción, tan viva como en *Cosecha roja*, gira sobre el tema reticente de la lealtad en Ned para con Madvig, enamorados ambos (digamos enamorados, aunque sentimientos y pasiones sean aquí demasiado complejos como para designarlos

1. Dicha crítica del estado de la sociedad será mucho más aparente en otro novelista *hard-boiled*, Raymond Chandler, al que creo seguidor genérico de Dashiell Hammett.

con una sola palabra), de Janet Henry, hija de un personaje político corrupto. Ned Beaumont guarda el secreto de esa atracción, acaso hasta para consigo mismo, hasta bien avanzado el relato. Su amistad y lealtad para Madvig le lleva a emprender (acaso como compensación, ya que sabe cómo Janet está enamorada de él y no de Madvig) en el *underworld* de *gangster* que regenta la ciudad, y para deshacer la amenaza contra el imperio de Madvig, una tarea equivalente a la del detective en *Cosecha roja*.

Ese sentimiento inconfesado de lealtad y de nobleza da al libro delicadeza recóndita, sin aludirse a él, dejando que el lector lo presente si quiere y si puede. La acción es violenta en extremo: movida por la crueldad, la fuerza bruta y el instinto criminal, que se exhiben sin recato alguno, contrasta en ella el pudor de los sentimientos nobles, de los actos desinteresados que, en cambio, quedan presentidos. Diálogo y relato se expresan con crudeza y sangre fría, con aparente insensibilidad que es en extremo curiosa: es una acción entre hombres, hombres fuertes y duros para quienes sería humillante y nada viril cualquier gesto de delicadeza. Por eso mismo resalta más la actitud noble de Ned Beaumont para con Paul Madvig. El amor apenas se exterioriza: lo presentimos latente en la acción. Ése es uno de los rasgos singulares en la novela de Dashiell Hammett: que los motivos de la acción quedan ocultos y el lector avanza por ella en una especie de niebla; hay que leer el libro con atención bien despierta para calar en la intriga y en los personajes. Lo cual es prueba de arte novelesco sutil y, ¿por qué no?, refinado bajo la crudeza y sarcasmo exteriores, los cuales no dejan

de apuntar más o menos directamente, como ya dijimos, a la sociedad y al tiempo en que los personajes viven.

*El hombre delgado* (1934) responde mejor al patrón de la novela de *detection*. Tenemos ahí a un ex detective profesional que se ve casi obligado a investigar un misterio: dónde está el invisible Clyde Wynant. *El halcón maltés* (1930), que sigue a la anterior en mérito decreciente, tiene también como héroe a un detective, Samuel Spade, que aparece en otras novelas largas y cortas de Hammett, dedicado aquí a la doble tarea de hallar el halcón de oro y de esquivar los engaños e intrigas de Brigid O'Shaughnessy que, sin decírselo, lo quiere para ella. Ésta es, en su egoísmo y codicia, personaje curioso: terrible y en apariencia de una dulzura inerte ante el hombre. Mas la búsqueda del halcón, siempre dilatada por medio de nuevas intrigas, resulta a la larga monótona. *Blood Money [Dinero sangriento]* (1927) recuerda algo a *Cosecha roja* en la astucia para deshacer el grupo de *gangsters* (aquí asociados en un robo considerable) y el engaño y doblez enconados que éstos practican para deshacerse unos de otros. Entre ellos son memorables la atlética Big Flora y el aparentemente inocuo Papadopoulos, cobarde y traidor, *mastermind* en la maquinación del robo, y hacia el cual Big Flora parece experimentar una curiosa atracción medio maternal medio sexual. *La maldición de los Dain* (1929) acaso sea, entre las de su autor, la novela de menos valor.

Quedan sus novelas cortas y cuentos, los que al comenzar estas líneas no era nuestro propósito comentar suficientemente. De interés unos y otros, algunos de valor, por ejemplo, «The Green Elephant», tienen un interés adicional: marcar más claramente que las novelas la

frontera, en la obra de Hammett, entre lo novelesco literario y lo sensacional del *thriller*. Mas ya de un lado, ya de otro en esa frontera, la obra de Dashiell Hammett posee siempre la facultad de entretener poderosamente al lector. ¿Cuánto tiempo durará en ella dicha facultad? Nadie puede responder a eso. Los tiempos cambian y las diversiones humanas también; lo único que no cambia es la sempiterna necesidad humana de entretenimiento. Cervantes lo sabía, como indica el prólogo a sus *Novelas Ejemplares*: «Que no siempre se está en los templos, no siempre se ocupan los oratorios, no siempre se asiste a los negocios por calificados que sean: horas hay de recreación donde el afligido espíritu descanse».

Y aunque la ocupación religiosa haya cedido algo en nuestro tiempo, según creo y dejado por tanto horas desocupadas de un lado, que de otro ocupe la tan incrementada asistencia a los negocios, aún le quedan al hombre, aparte del tiempo que dedica a los entretenimientos del día, horas libres durante las que requiere materia para divertirse. Y ¿dónde mejor que en la lectura? Como no me figuro que le basten siempre a tal propósito libros como esos que se incluyen en tantas inefables listas de «diez mejores libros» (donde suelen incluirse no los libros que se han leído, sino los que se cree conveniente pretender como leídos), agradezcamos a Dashiell Hammett, que con tanta destreza y talento proporcionara a muchos, con sus obras, nueva y adecuada materia para satisfacer una necesidad humana vieja como el hombre.

Luis Cernuda (1961)



# 1. Una mujer de verde y un hombre de gris

La primera persona a quien oí llamar Poisonville<sup>1</sup> a la ciudad de Personville fue un zafrero pelirrojo, en el Gran Barco de Butte. Pero también cambiaba en dip-tongos otras erres. Y no presté atención a lo que hiciera con el nombre de la ciudad. Más tarde escuché a otros hombres capaces de habérselas con las erres pronunciar el nombre de igual manera. Aun así, no vi en ello sino un ejemplo más de ese inane donaire que suele inspirar los retruécanos de la germanía. Pero unos años más tarde fui a Personville y entonces comprendí mejor el porqué.

Llamé al *Herald* desde uno de los teléfonos de la estación, pregunté por Donald Willsson y le dije que había llegado.

—¿Puede usted venir a mi casa esta noche a las diez? —su voz tenía una agradable sequedad—. Está en Mountain

1. Ciudad ponzoñosa. (N. del T.)

Boulevard, número 2101. Tome un tranvía de Broadway, y bájese en la esquina de Laurel Avenue. Queda a dos manzanas en dirección oeste.

Le dije que lo haría. Fui al Hotel Great Western en un taxi, me libré de las maletas y salí a echar un vistazo a la ciudad.

No era bonita. La mayor parte de los constructores habían buscado la ostentación. Puede que la lograran al principio. Mas luego los altos hornos, cuyas chimeneas de ladrillo se erguían al sur contra una tétrica montaña, habían dado a todo una suciedad uniforme, amarillenta y ahumada. El resultado era una fea ciudad de cuarenta mil habitantes, situada en un vallejo entre dos feos montes, todo ello envilecido por las minas. Desplegado sobre el conjunto se veía un cielo sucio que dijérase haber salido de las chimeneas de los altos hornos.

El primer guardia que vi necesitaba afeitarse. Al segundo le faltaban dos botones del poco pulcro uniforme. El tercero dirigía el tránsito en el cruce principal de la ciudad —el de Broadway y Union Street— con un cigarro en la comisura de los labios. A partir de aquel momento dejé de pasarles revista.

Tomé un tranvía de Broadway a las nueve y media y seguía las instrucciones que me había dado Donald Willsson. Me llevaron a una casa que se alzaba en una esquina, rodeada de un pequeño prado artificial y cercado.

La criada que me abrió la puerta me dijo que Mr. Willsson no estaba en casa. En tanto que le explicaba que tenía una cita con él, vino hasta la puerta una mujer cenceña, rubia, de algo menos de treinta años y vestida

de seda verde y rizada. Sus ojos azules no perdían la frialdad cuando sonreía. Le repetí mis explicaciones.

—Mi marido no está —un acento apenas perceptible apagaba las eses—. Pero si le espera a usted, probablemente volverá a casa pronto.

Me llevó a una habitación del primer piso que daba a Laurel Avenue, un cuarto ocre oscuro y rojo con gran cantidad de libros. Nos sentamos en sillones de cuero, mitad frente a frente y mitad hacia un hogar en el que ardía el carbón, y la mujer se dispuso a averiguar qué tenía yo que tratar con su marido.

—¿Vive usted en Personville? —comenzó preguntándome.

—No. En San Francisco.

—Pero no es la primera vez que viene aquí.

—Sí.

—¿De veras? Y ¿qué le ha parecido nuestra ciudad?

—Aún he visto poco para saberlo —esto no era verdad, pues había visto lo bastante—. Sólo he llegado esta tarde.

Cesaron sus brillantes ojos de escudriñarme cuando dijo:

—La encontrará usted aburrída —y volvió a sus averiguaciones diciendo—: Supongo que todas las ciudades mineras son como ésta. ¿Se ocupa usted de asuntos de minas?

—En este momento, no.

Miró hacia el reloj de la repisa de la chimenea y dijo:

—Es una falta de consideración de Donald traerle a usted hasta aquí y tenerle esperando a estas horas de la noche, que no son ni mucho menos para trabajar.

Le dije que no importaba.

—Pero quizá se trata de un asunto de negocios —insinuó.

No dije nada.

Se rió, con una risa breve que tenía algo de punzante.

—Le advierto que corrientemente no soy una metomentodo, como estará usted probablemente pensando —dijo alegremente—. Pero es que se muestra usted tan terriblemente reservado que no puedo evitar la curiosidad. No será usted un suministrador de licores de contrabando, ¿verdad? Como Donald cambia tan a menudo...

Dejé que interpretara a su gusto mi sonrisa.

Sonó el timbre de un teléfono en el piso de abajo. Mrs. Willsson estiró hacia el fuego los pies calzados con chinelas verdes e hizo como si no hubiese oído el teléfono. No comprendí por qué pensó que aquello era necesario.

—Me temo que tendré... —comenzó a decir, y se interrumpió para mirar a la criada que estaba en el umbral.

La doncella dijo que preguntaban por Mrs. Willsson en el teléfono. Se disculpó y salió detrás de la criada. No bajó al otro piso, sino que habló desde un teléfono suplementario que quedaba a distancia, lo que me permitía oír lo que se hablaba. Y oí que la mujer decía:

—Habla Mrs. Willsson... Sí... ¿Cómo dice?... ¿Quién?... ¿Podría hablar un poco más alto?... ¿Qué?... Sí... Sí... ¿Con quién hablo?... Oiga, ¡oiga!

Pude oír el ruido del soporte del teléfono, y pasos que se alejaban por el vestíbulo, unos pasitos rápidos.

Encendí un cigarrillo y me quedé contemplándolo hasta que oí que la mujer bajaba las escaleras. Me acerqué entonces a una ventana, alcé una esquina de la cortina y miré hacia Laurel Avenue y hacia el garaje blanco y cuadrado que se alzaba en aquella parte de la casa.

De allí a poco, una mujer delgada, con sombrero y un abrigo oscuro, apareció caminando presurosamente desde la casa hacia el garaje. Era Mrs. Willsson. Se alejó conduciendo un cupé Buick. Volví a mi sillón y esperé.

Pasaron tres cuartos de hora. A las once y cinco, rechinaron fuera los frenos de un automóvil. Mrs. Willsson entró en la habitación dos minutos después. Se había quitado el sombrero y el abrigo. Tenía la cara blanca y los ojos casi negros.

—Siento mucho —dijo, y vi temblar agitadamente los labios apretados— que haya tenido usted que esperar tanto tiempo para nada. Mi marido no vendrá a casa esta noche.

Le dije que le llamaría al *Herald* por la mañana.

Me fui preguntándome por qué la verde puntera de su chinela izquierda estaba oscurecida y mojada con algo que bien pudiera ser sangre.

Fui andando hasta Broadway y allí tomé un tranvía. Al llegar a tres manzanas al norte de mi hotel bajé del tranvía para ver qué hacían aquellos grupos ante la puerta lateral del Ayuntamiento.

Unos treinta o cuarenta hombres y unas cuantas mujeres estaban en la acera mirando hacia una puerta con un rótulo que decía: *Jefatura de Policía*. Había obreros de las minas y de los altos hornos, aún con su ropa de trabajo, mozalbetes salidos de las salas de billar y de los bailes, hombres de cuidado aspecto y rostros pálidos y brillantes, hombres con la apagada mirada de maridos respetables, unas cuantas mujeres no menos respetables y apagadas, y algunas mujeres de la vida.

Me detuve al borde de esta aglomeración junto a un hombre fornido de ropas grises y arrugadas. También su